

El destino de la juventud chilena (*)

EL HOMBRE COMUN Y SUS DERECHOS

Señor Presidente: la terminación de la guerra vuelve a ubicar los problemas económico-sociales de las masas populares, en el tapete de la agitación cotidiana.

Los hombres vuelven los ojos hacia sus preocupaciones inmediatas. Durante cinco años tuvieron su atención y su esfuerzo puestos en la guerra, y no quisieron agitar sus reivindicaciones económicas, sociales y culturales. Fue un cambio de ubicación en la lucha del hombre. Había que combatir la regresión "nacifascista"; había que aplastar el matonaje internacional; había que unirse contra la barbarie política; había que defender los principios y las columnas fundamentales de la democracia, amenazados. Esa fue la tarea ineludible de los últimos años. Y se hizo a costa de decenas de millones de cadáveres; a costa del espanto, del hambre y de la angustia de media humanidad; a costa de la destrucción y el relajamiento de la estructura jurídico-social de las naciones.

Pero la bestia agresora fue vencida.

Ahora, retorna el mundo a su ritmo de evolución rutinaria. Las masas populares encuentran sus problemas agravados por la catástrofe, su situación económica empeorada por la postración y el desbarajuste de estos largos años de destrucción.

Pero, Honorables Senadores, las masas populares tienen ahora conciencia de su valor social y de su destino histórico. En eso se diferencia esta postguerra de las anteriores. El hombre medio, el

(*) Intervención Parlamentaria. Senado de Chile. Sesión 11ª (Leg. Extr.). Miércoles 21 de noviembre de 1945.

trabajador cotidiano, sabe que él es parte integrante de la convivencia social, y se interesa y reclama su participación en la cosa pública. Es la época del hombre-masa, como dijo un escritor; es la época del "hombre común", como acaba de proclamar Attlee en su magistral y orientador discurso.

Esto es lo que debemos comprender los hombres que tenemos cierta responsabilidad de la conducción y orientación en la marcha del pueblo. Esto es lo que debe hacer reflexionar al Honorable Senado, al Parlamento, al Gobierno de la República, cada vez que abordan o resuelven alguno de los múltiples problemas nacionales e internacionales.

Tenemos urgencia en superar la postración económica que trajo la guerra. Pero hay que superar también la actitud anti-popular de ayer, el pensamiento reticente e individualista que dominó a los gobernantes, cada vez que se vieron impelidos a resolver algún problema nacional.

El panorama que nos dejó la guerra es trágico: cánones económicos, rebasados; valores culturales, rotos; formas institucionales, inadecuadas; normas jurídicas, insuficientes; perspectivas filosóficas, oscuras aún; vida espiritual, sobresaltada. Es un panorama en que el sueño y la inquietud creadora del hombre han sufrido un terrible choque, en que la estructura social ha sido reventada, en que el bienestar humano ha debido resistir un terrible colapso.

LA JUVENTUD Y SU DESTINO

En el fondo de esta trágica realidad, hay un contenido alentador, una fuerza social que aún puede conservar su significación, su vitalidad, su destino, sus raíces esenciales: es la juventud; es la generación moza, que tiene la virtud de saber renovar sus energías y sus poderes con redoblado ímpetu.

La juventud es una de esas "fuerzas latentes que cada sociedad tiene a su disposición y de cuya movilización depende su vitalidad", dice el escritor inglés Karl Mannheim. La juventud es la reserva vital de la humanidad; el destino de ésta está condicionado por la orientación y la levadura que aquélla lleve consigo.

La juventud debe ser encaminada; debe ser educada, debe ser

colocada en vía de superación. Esa es la obligación que tenemos las generaciones adultas. Siempre se ha creído que, por ser juventud, ella es siempre progresista, siempre conductora de las mejores normas que la sociedad necesita. ¡No es así! Cada grupo social y político, desde los más extremistas hasta los más reaccionarios, tratan de adiestrar jóvenes dentro de su ideología y de sus prácticas militantes, y siempre encuentran adolescentes y mozas que se incorporan a sus cuadros. Por eso hay juventudes católicas, comunistas, radicales, socialistas, conservadoras; por eso ha habido juventud hitlerista y juventud fascista y juventud de otros tintes y colores.

Lo que hay es que la juventud es una fuerza en potencia, capaz de ser empujada en alguna dirección. Su valor social está en que ella lleva en sí los ingredientes y las energías necesarias para la renovación, para la superación social. Más aún tiene la ventaja de manejarse con soltura e independencia frente a la maraña de los intereses creados y de las opiniones cristalizadas de los adultos. Por eso la juventud es importante. La falta de una concepción social definida, la gran fuerza de su rebeldía, el espíritu aventurero y creador que la mueve, su sentido romántico de la vida, el gran calor emotivo que impulsa sus actos, hacen que ella sea esperanza y promesa.

Abandonar a la infancia a su arbitrio, dejarla a su propia suerte, es mala política. Desatender a la juventud en sus necesidades primordiales, es dejar en ellos terreno abonado para los más lamentables desvíos. Una infancia con hambre, una juventud crecida en medio de necesidades y sobresaltos económicos, será siempre la generación cruzada por el rencor, por el pesimismo, por sentimientos y traumas negativos. Los pueblos tienen la obligación de continuarse en sus jóvenes, y para eso deben proporcionarles las condiciones mínimas que permitan un desarrollo deseable.

Desgraciadamente, la humanidad no ha evolucionado dentro de este respeto a la juventud. El sentido de clases que ha regulado su desarrollo ha hecho que los gobiernos se hayan preocupado preferentemente de atender y educar a los jóvenes de la clase que representan. Así ha sido entre nosotros, como en Francia e Inglaterra o Estados Unidos. La gran masa de la juventud obrera fue siempre olvidada o mal atendida. Cuando la nobleza gobernó, era la juventud noble la que disfrutaba de la comodidad, de las ventajas sociales, de la cultura y de los beneficios de la civilización. Después

que la burguesía invadió la cosa pública y se adueñó del poder político, han sido los jóvenes burgueses los que han disfrutado de los bienes y patrimonios sociales. Ha sido menester que la concepción democrática de la vida haya venido a abrir los ojos a las masas populares, para que la clases proletaria —y dentro de ella, la juventud obrera— se haya dado cuenta del derecho que tienen a intervenir en la cosa pública y pugne por conquistar mejores condiciones de vida y mayores derechos políticos y jurídicos.

Pero nuestra juventud de hoy, la juventud militante de Europa, de América, de Asia y demás Continentes, ya está marcada en su sensibilidad por el rencor de la guerra. Un mundo de ruinas y de espanto quiebra su pensamiento y nubla su espíritu. Bastante tenía nuestra juventud trabajadora con la tragedia cotidiana de la lucha por sus reivindicaciones. La guerra vino a agravar su drama y a tronchar sus esperanzas más ansiadas. No sólo los jóvenes combatientes que sobrevivieron a la catástrofe, sino también nuestra juventud, la de esta América pacífica, llevan en su pecho el alucinante complejo de la guerra, se mueven empujados por la ola de la decepción, de la fatalidad, del desgano. Aquella fe y aquel fervor que brillaron en los ojos mozos del trabajador de ayer, están trizados por la catástrofe que acaba de cesar y por la inquietud de que ella pueda repetirse.

Hay, pues, que redoblar las energías y los desvelos por mitigar las angustias de esta juventud que acaba de salir de la hoguera y de las ruinas; hay que suavizar la retina de esta generación que hubo de hundir sus ojos y su corazón en la vorágine del desastre; hay que desplegar todos los esfuerzos necesarios para hacer que sus almas recuperen la serenidad, sea por piedad, sea por conveniencia social o por un gran sentimiento de solidaridad humana. Hay que hacer algo, señores Senadores. Más todavía, hay que volver, con mayor cariño y con redoblada esperanza, los ojos y los desvelos hacia la niñez, que, por su elemental visión del mundo y de las cosas, no alcanzó a ver tronchada su capacidad readaptadora y puede rehacer su fisonomía espiritual. Tenemos el deber de acudir al llamado de nuestros niños, quienes pueden ser la reserva deseable que la Patria necesita.

EL DESAMPARO DE LA JUVENTUD CHILENA

Ayer se ha rendido un merecido homenaje a Gabriela Mistral,

suave y dulce voz que siempre ha clamado por defender a la juventud. Me adhiero hoy a ese unánime reconocimiento, dando a conocer algunos aspectos de la falta de protección a la juventud chilena.

Ahora bien, ¿cuál es la realidad en que ella vive? ¿Cuál el cuadro de vida que ella representa? ¿Recibe, siquiera, la atención mínima que la sociedad tiene la obligación de brindarle, en cuanto a salud, a cultura, a recreación, a educación de sus sentimientos estéticos y morales? ¿Qué porcentaje de jóvenes logran vivir normalmente su adolescencia, y diré más, siquiera su infancia? Quien mire con ojo atento y comprensivo la vida de nuestros jóvenes tendrá que llegar a conclusiones lamentables. La infancia y la adolescencia son esencialmente etapas de crecimiento físico y espiritual, son períodos de adquisiciones, de preparación, de formación y perfectibilidad de la persona. Esa es su función y su razón de ser. Sin embargo, nuestra gran masa juvenil no tiene adolescencia, no vive esas alegrías y emociones que irrumpen en la vida joven. Nuestra juventud trabajadora salta bruscamente desde su precaria niñez, a la vida del trabajo, a la dura vida de las realidades económicas, de las angustias del pauperismo, acosada por todos los problemas y necesidades que la injusta organización social reserva al obrero, al trabajador, al empleado, al hombre modesto. Parece que la sociedad capitalista, de un solo manotazo, tronchara en el joven la flor de la adolescencia y enclavara la vida del muchacho y de la muchacha en medio del ajetreo y de los afanes desesperados de la vida adulta.

Una visión sintética de cómo crece y logra sobrevivir nuestra masa juvenil, podrá darnos una impresión más cierta de las afirmaciones que he hecho. Las cifras y las estadísticas son más elocuentes que las reflexiones que se pueden hacer.

Estimo, sí, conveniente precisar que, a mi juicio, este problema de la juventud tiene aspectos de orden médico, cultural, jurídico y social. Es un todo. No se puede tomar aisladamente uno de estos tópicos. Hay que conocer las deficiencias del conjunto para poder orientar siquiera en lo teórico la solución integral, que no será solución de una hora o de un año, pero que hay que comenzarla algún día a divulgar, a darla a conocer, a tratar de realizarla. El problema de la infancia no es el del niño aislado; no es hoy tan solo el problema de la madre y del niño: es un problema del grupo familiar. De allí que cuando se habla o se desea ahondar en las raíces

mismas del drama tremendo de la juventud chilena, es imprescindible y necesario referirse a la madre, a la mujer, al niño, desde su primera edad hasta que, ya superando la vida, se transforma en el obrero aprendiz o en el estudiante que abre paso al ciudadano.

Debo dar, en relación con este concepto que tengo, algunas cifras y datos que posiblemente choquen a la sensibilidad de algunos señores Senadores, y quizás más de alguno piense que no deben ser expuestos en este recinto: pero son hechos y cifras cuya dramaticidad está más allá del silencio que algunos quisieran imponer sobre estas cosas. Y yo estoy y estaré siempre contra los tartufos de una moral hipócrita, que no quieren ver algunas dolorosas realidades que constituyen un latigazo a la organización social, a la indiferencia de gobernantes y gobernados y a la irresponsabilidad, a veces criminal, de los propios técnicos, que, desde un ángulo meramente científico, tienen la autoridad y la solvencia intelectual suficientes para hacerse oír y comprender.

Algunas de estas cifras han sido comentadas en pasados discursos, algunos de ellos recientes. Muchas las dimos a conocer al enviar, hace años, un proyecto sobre protección a la madre y al niño, y han sido posteriormente repetidas en este recinto en algunos de sus alcances. En todo caso, es conveniente golpear con ellas la impasibilidad de tanta conciencia callosa, de tanta incompreensión y de tanta indiferencia.

ASPECTO MEDICO SOCIAL. EL PROBLEMA DEL PARTO Y DEL ABORTO; LA MADRE SOLTERA

La estadística nos dice que, más o menos, hay 170 mil partos al año, de los cuales, en 1944, se atendieron: 44 mil en la Beneficencia y 20 mil en servicios domiciliarios del Seguro. Se puede calcular en 50 mil los nacidos en condiciones económicas satisfactorias. De lo cual se deduce que, en nuestro país, alrededor de 60 mil madres, o sea, 60 mil niños, no reciben ninguna atención médica durante el año.

El 27,9% de los nacidos vivos son ilegítimos.

Junto a este problema de los partos está el pavoroso cuadro de los abortos. Sólo la Beneficencia atendió, en el año 1944, 19,000 enfermas de aborto, por 13,251 que atendió en 1937.

De los estudios de los doctores Gacitúa y Matus, se extraen los

siguientes datos:

El 14% de la mortalidad en los hospitales de mujeres corresponde a abortos.

Una investigación realizada en 816 mujeres demostró que ellas habían sido asistidas en 2.615 partos y 1.454 abortos.

El 36,7% de los fallecidos en la Maternidad de San Borja lo han sido por abortos.

De 1.900 autopsias practicadas en la misma Maternidad de San Borja, durante tres años, se desprende que fallecieron a causa del parto 84, y por aborto, 282.

La misma Maternidad atiende anualmente por término medio, 1.400 abortos, de los cuales el 67%, más o menos, es provocado.

MORTALIDAD INFANTIL

Por otra parte, por cada 20 partos, nace un niño muerto. Por cada 10 niños nacidos vivos, muere uno antes del primer mes de vida: la cuarta parte, antes del primer año y casi la mitad antes de cumplir nueve años. En resumen, la mortinatalidad nuestra equivale al 10,5% de los nacidos vivos.

Conviene recordar que antes de la guerra había:

7 países que tenían una mortalidad infantil de 56 por mil.

15 países que tenían una mortalidad infantil que fluctuaba entre 60 y 99 por mil.

16 países que tenían una mortalidad que fluctuaba entre 100 y 149 por mil.

8 países que tenían una mortalidad que fluctuaba entre 150 y 225 por mil.

Chile tenía una tasa de 251 por mil, cifra que ha bajado en los últimos años.

La principal causa de esta alta mortalidad está en la mala alimentación y la miseria en que vive el pueblo. La desnutrición de la madre, la falta de alimentos para el lactante, el abandono en que vive el grupo familiar, son los motivos sobresalientes de este problema.

La estadística nos dice que existen en el país 86.500 lactantes que no reciben atención médica adecuada; que hay, también 262.000 preescolares que tampoco la reciben y 413.546 niños que quedan asimismo al margen de ella.

ASPECTO ESCOLAR

Si de los datos y cifras sobre morbilidad, pasamos al aspecto educacional o pedagógico, encontramos lo siguiente: (Estos datos los hemos tomado de trabajos de los profesores Daniel Naveas y Salvador Fuentes).

1°. Que de cinco millones doscientos treinta y siete mil cuatrocientos treinta y dos habitantes, pueden calcularse en un millón 065,952 los analfabetos de 8 a 60 años lo que representa un 20%. El profesor Kendall da para Chile un 24%. Este analfabetismo es teórico, porque difícilmente pueden considerarse alfabetizados los trescientos mil que sólo llegan al primero o segundo año de la escuela primaria.

La pirámide de nuestra incultura está reflejada en los datos que arroja la estadística escolar.

La población en edad escolar (de 7 a 15 años) está calculada en 1.022.300 niños. De esta población, 615.359 están matriculados en la escuela primaria fiscal, municipal y particular, en la siguiente escala descendente:

6° año	24.952 alumnos
5° año	40.082 alumnos
4° año	70.959 alumnos
3° año	110.934 alumnos
2° año	141.606 alumnos
1° año	226.826 alumnos
Total	615.359 alumnos

A este total habría que agregar aproximadamente 40.000 menores de 15 años que asisten a la enseñanza secundaria, normal y profesional, con lo que se llega a un total de 655.000 niños matriculados. En consecuencia, son 367 mil 300 niños los que no concurren a ninguna escuela, razón por la cual nuestro analfabetismo disminuye tan lentamente.

A los colegios de enseñanza media (Liceos, Escuelas Profesionales y Normales) asisten 78.261 alumnos.

La matrícula de los Liceos fiscales y particulares se distribuye en 37.000 alumnos en liceos fiscales y 18.000 en los colegios particulares.

De todos estos datos se infieren las siguientes conclusiones.

a) De cada 100 niños matriculados en primer año de la escuela primaria, sólo 9 llegan a 6° año de la misma; 91 quedan en el camino retardando nuestro "standard" cultural y nuestra vida democrática.

b) De cada 100 niños matriculados en primer año de escuela primaria, sólo 1 llega a sexto año de Humanidades.

c) De cada 100 niños matriculados en primer año de la escuela primaria, sólo 62 pasan a segundo año y 49 pasan al tercero. Más del 50% de nuestros niños no reciben otra educación que la del primer grado escolar en escuelas paupérrimas, a las cuales no asisten más de 150 días al año; o sea, estos niños, reciben como todo patrimonio cultural 300 días de escuela en toda su vida.

d) De cada 100 alumnos matriculados en el primer año del Liceo, 53 llegan al tercer año, y sólo 16 al sexto año de Humanidades.

No podemos ni estamos autorizados para insinuar las medidas o el contenido, mejor dicho, de nuestra reforma educacional, pero incuestionablemente ella es necesaria frente a las críticas y antecedentes que nuestros mejores técnicos han hecho a nuestra enseñanza pedagógica, y a las retiradas y constantes sugerencias de los profesores y maestros.

EL PROBLEMA ASISTENCIAL

De una encuesta del doctor Landa, hecha sobre 3.348 escuelas y sobre 400.000 niños, se calculó lo siguiente:

Que 132.000 eran indigentes, o sea, que necesitaban absolutamente toda alimentación; semi-indigentes, 84.000; semisolventes, 77.000 y solvente, 160.000.

Por cierto que se observó en los escolares una dieta alimenticia muy baja y carencia fundamental de alimentos protectores de origen animal.

Además se comprobó que fundamentalmente el beneficio del desayuno escolar se realizaba dándose ulpo, adicionado o no con azúcar. Se comprobó también la iniciación demasiado tardía de los aportes municipales y estatales y el poco "control" de la Junta de Auxilio Escolar.

Un crecidísimo número de nuestros alumnos concurren a la escuela

descalzos, y a duras penas tienen con qué cubrir sus carnes ateridas en la zona austral o golpeados por la camanchaca y la dureza del sol en la zona norte.

NUESTRA LEGISLACION

Nuestra legislación no presta amparo a la madre soltera. No protege en especial y no atiende a la embarazada, que habitualmente es despedida de las fábricas o no recibida en el trabajo.

Nuestro Código Civil establece distintas categorías de hijos, colocando un estigma infamante sobre frentes puras, que no son culpables de los actos cometidos por sus predecesores.

La investigación de la paternidad no se realiza.

La Justicia de Menores está regida por viejos moldes y desde hace años se espera su reforma, con inquietante anhelo.

Los juicios de alimentación dan motivo a constantes y permanentes burlas de los derechos de los menores.

Todavía impera el viejo concepto del discernimiento, abandonado ya en muchas legislaciones de otros países.

Existen escasos Juzgados de Menores en relación con nuestra densidad de población y escaso personal especializado en estas disciplinas.

INTERFERENCIA DE SERVICIOS

En el aspecto administrativo diferentes organismos intervienen en los problemas médicos, pedagógicos y de protección a la infancia, recargando los presupuestos, interfiriendo en su acción, desarrollando una labor esporádica sin continuidad, sin unidad central, sin principios sólidos; malgastando grandes sumas en burocracia y dejando escasos y muy pocos recursos para una acción eficaz y directa.

CONCLUSIONES DERIVADAS DE ALGUNOS DE LOS DATOS ANOTADOS

De las anteriores consideraciones y estadísticas, se infiere, en el aspecto médico social:

1. Que existe un alto porcentaje de madres que no reciben atención durante el parto;

2. Que hay también un subido porcentaje de hijos ilegítimos y como consecuencia de ello una menor valía para su desarrollo normal;

3. Que las cifras que nos hablan de la gravedad del problema del aborto, son pavorosas;

4. Que hay una alta mortalidad infantil y que son densos los cuadros de morbilidad que tiene nuestra patología infantil por mala alimentación, trastornos alimenticios, enfermedades infectocontagiosas, tuberculosis, etc.

En el aspecto pedagógico, estas condiciones se refieren a:

1. Que millares y millares de elementos de cada generación quedan, de hecho por denegación de sus derechos culturales al margen de la vida cívica nacional;

2. Que millares de niños chilenos ingresan al trabajo productor mucho antes de haber alcanzado el desarrollo orgánico que los capacite para resistirlo sin comprometer su salud y el vigor de la raza.

3. Que nuestra educación prepara para la conquista de privilegios personales para el lucro y la satisfacción individual.

4. Que nuestra educación basa sus realizaciones en una concepción falsa del hombre y del orden social. Actúa como si el hombre fuera un ente racional autónomo e independiente, liberado de todo vínculo social. Actúa como si la sociedad no fuera sino la consecuencia de una mecánica adición de individualidades. Falta de ella el sentido de la realidad social.

ASPECTO GENERAL Y PARCIAL DEL PROBLEMA DE LA JUVENTUD

Del análisis de orden general hecho de los datos estadísticos que he presentado al Honorable Senado, se deducen varias categorías de conclusiones, unas generales y otras específicas, que me permito someter a la reflexión de los señores Senadores a fin de que sea este organismo el que abra los cauces a un movimiento de envergadura en favor de un efectivo reajustamiento económico-social del país y de que este reajustamiento comience por esa porción preciosa de la Nación que son las nuevas generaciones.

No creo que haya un solo Senador, ni siquiera un solo chileno patriota y sensible, que pueda mirar con indiferencia la suerte del

niño y del joven. No hay hogar en Chile que no sienta en su seno las preocupaciones por la falta de alimentos, de vestuario, de medicinas, de libros o de otros rubros indispensables para los hijos. Nadie puede quedar al margen de este grave problema social, porque el niño y el joven común, el mozo del pueblo, constituyen el patrimonio más estimable de la Nación: son el nervio esencial mismo de la República. La raíz central de la nacionalidad. No creo que haya un solo gobernante que ponga oídos sordos al urgente problema de preocuparse de la atención de la infancia y de la juventud. Y si alguno se desentendiera, no merecería siquiera tener la calidad de mandatario del pueblo y debería estar en el grupo de los chilenos antipatriotas y antisociales.

Es cierto que se trata de un problema complejo y de solución lenta. Pero es menester que en Chile lo comencemos alguna vez. El Partido Socialista lo ha planteado varias veces antes y desea nuevamente por mi intermedio, llamar la atención de los señores Senadores y del país entero, a fin de que no se deje correr más tiempo sin brindarle a este problema la debida atención y dedicación.

Hemos comenzado a vivir una época de reajuste en lo económico, en lo social, en lo cultural y hasta en las concepciones morales. Las grandes naciones ya se han dado a la tarea de rehacer sus estructuras jurídicas, sus cánones económicos, sus cuadros sociales y dándole cabida en las nuevas organizaciones o en las reformas que se hacen, a la solución de los problemas que atañen directamente a las masas laboriosas, a la clase popular, al "hombre común".

HAY QUE CREAR UNA DEMOCRACIA ACTIVA

Se me ocurre expresarles a los señores Senadores que ha llegado el momento de tornar democrática la Democracia, es deber poner los órganos y los resortes jurídicos y administrativos de la organización democrática, en función social y con sentido social.

Que la producción, que el crédito, que la sanidad, que la educación, que la economía, que el confort puedan estar al servicio de todo hombre emprendedor y honesto; que el fomento de la producción agrícola e industrial o minera tengan un carácter social, esto es, que no sirva sólo para hacer más rico al patrón, más ganancioso al intermediario o más favorecido al círculo de la clase

dirigente: no, que el auge de beneficios equitativos también alcance al obrero, al trabajador, al hombre humilde que arrienda su esfuerzo y su trabajo calificado, que es más precioso que el dinero. El capital humano debe, por lo menos, estar en un pie de equivalencia al capital monetario en esta etapa de transición que ha comenzado a vivir el mundo. Esto es menester decirlo con frecuencia, para domeñar la indiferencia del capitalista y reeducar al patrón soberbio y avaro.

Tornar democrática la Democracia, significa, pues, hacer de la riqueza nacional un patrimonio de todos y no de un grupo privilegiado: significa llevar la sanidad a todos los pueblos y villorrios del país; significa sembrar de escuelas el territorio y dotarlas de todos los medios y elementos culturales; significa brindarles asistencia social y médica a todos los chilenos, sin ánimo piadoso, sin exclusiones sectarias, con sentido solidario y patriótico. Significa, en fin, poner la Nación al servicio de todos los chilenos y organizar una Patria para la comunidad americana y la solidaridad mundial. Cuando hayamos comenzado a realizar esta tarea, habremos comenzado también a comprender que esta guerra ha sido más que una lucha horrible en que hubo naciones vencidas y naciones vencedoras, en que hubo gobiernos agresivos y gobiernos pacíficos. Sólo entonces habremos comenzado a darnos cuenta de que en el seno de la calamidad bélica venía la levadura del nuevo mundo, de las nuevas formas sociales, del nuevo sentido democrático, de las nuevas normas jurídicas, que reemplazarán a las caducas formas liberal-individualistas.

Honorable Senado, deseo poner término a estas reflexiones haciendo un llamado a la conciencia serena, patriótica y comprensiva de esta Alta Corporación de la República. Nunca como en estos momentos es más necesario poner nuestra atención en la esperanza de la juventud. Nunca como ahora debemos preocuparnos de recomenzar la tarea del reajuste económico y social de nuestra nacionalidad. Yo creo que tenemos que comenzar esta alta labor en la juventud, brindándole nuestra protección, nuestro interés, nuestra dedicación de hombres que conocen la experiencia y llevan metido muy adentro el afecto a la Patria. Es ella la que debe renovar la vitalidad de nuestro pueblo; es ella la que tiene que poner el vivo color de la acción creadora en nuestro territorio a través del trabajo, de la cultura y de una vida social dignificadora; es ella la que habrá

de continuar en el tiempo la siembra de nuestros sueños, de nuestros esfuerzos y de nuestras inquietudes.

Por eso quiero concluir instando a los señores Senadores a acometer de inmediato esta gran tarea, para lo cual creo que hay necesidad de proceder a tomar las medidas fundamentales más urgentes.

CONCLUSIONES ESPECIALES

1. La designación de una Comisión Central integrada por Senadores de la Comisión de Constitución, Legislación y Justicia, de Higiene y de Educación, para que, en conjunto, estudien este vasto y amplio problema;

2. Sugiero a esta Comisión la necesidad de que se cree un organismo superior único, que tenga una mayor jerarquía que una Dirección General: que en él refundan la actual Dirección General de Protección a la Infancia y Adolescencia con la actual Dirección de Asistencia Social. Este organismo debe coordinar la labor especializada que debe desarrollarse en los aspectos médico, jurídico y pedagógico.

En el orden médico, la creación de un Servicio único que tome a la madre embarazada y que atienda al niño hasta la edad de 16 ó 17 años, por lo menos al niño obrero. La reforma de la ley del Seguro Obrero mira a este aspecto, y ésa es la solución técnica eficiente que debe realizarse e innecesario nos parece detallar aquí las necesidades de orden médico, como la creación de hospitales, policlínicas, hogares, etc., como tantas veces lo hemos dicho.

En el orden pedagógico, oír a los técnicos respectivos frente a las deficiencias y fallas de nuestra educación primaria, secundaria y universitaria. Hay que revitalizar una gran campaña en contra del analfabetismo. Hay que darle sentido y contenido a nuestra educación; hay que hacerla práctica, de acuerdo con nuestra realidad.

Habría que crear dos mil escuelas para los trescientos sesenta y siete mil seiscientos niños que no asisten a ningún establecimiento. Habría que crear varios miles de plazas de profesores. Habría que elevar a segunda clase, por lo menos, dos mil quinientas escuelas rurales, fiscales de tercera clase, que hacen solamente una labor de simple alfabetización, pues disponen de 1º y 2º años de estudios primarios.

Habría que multiplicar las escasas 10 escuelas granjas, que

representan un lamentable descuido en la preparación del obrero calificado en faenas agropecuarias, habría que darle orientación y contenido específico a la enseñanza rural, que hoy sólo es una escuela de alfabetización.

Igualmente, habría que aumentar el número de escuelas-hogares, que son 19, con una matrícula de 1.000 alumnos.

Los liceos fiscales son 90 y 177 los liceos particulares, con un total de 56,000 alumnos en ambos tipos de liceos, lo que representa menos de un 9% del volumen total de la escuela primaria. En términos normales, esta cifra debe llegar al 40%.

Los establecimientos de enseñanza profesional son sólo 79, con un total de 25.000 alumnos, lo que demuestra la falta absoluta de un mayor número de escuelas técnicas. Nada queremos decir sobre locales escolares, mobiliarios, etc.

En el orden jurídico, estudiar la reforma inmediata de nuestra legislación de menores teniendo en cuenta especialmente el proyecto que desde hace 4 años está en la Cámara y que redactó una Comisión integrada, entre otros, por el recordado Juez de Menores, señor Vicuña Suárez, cuyos múltiples aspectos y valiosos aportes darán motivo a una extensa intervención.

Debe irse a defender la madre soltera, establecer la igualdad de derechos para hijos, a investigar la paternidad.

A crear el salario en la etapa prenatal y dar esencialmente una distribución más equitativa a la remuneración de los que viven de un sueldo o salario, en relación a las cargas familiares.

Debe revisarse toda nuestra legislación del trabajo en relación con la protección a la juventud. Hay que establecer el derecho al trabajo.

Debe hacerse más activa, más humana y más lógica la posibilidad de darle al niño proletario el descanso en la costa, o el descanso en la montaña. Hay que darle ropa y calzado al escolar chileno.

Hay que sembrar canchas de deportes.

Hay que darle un sentido de cooperación diferente a la labor de nuestro Ejército, en relación con la preparación ciudadana de nuestros cuadros jóvenes.

Los medios económicos no pueden faltar en un país que tiene un presupuesto de cinco mil millones de pesos, y que invierte cuatro mil más en gastos reservados.

Este cúmulo de ideas, muchas de las cuales ya son conocidas o ya

han sido expuestas, merecen consideración especial, y tengo confianza en que mi voz encontrará eco en este recinto.

Yo sé que es cierto que los señores Senadores saben y comprenden que es verdad aquello de que "el niño es el padre del hombre".

Salvemos al niño de hoy y tendremos un ciudadano, en la amplia concepción de la palabra, el día de mañana.

He dicho.